



Una ética de conservación y protección de la Naturaleza

MANUEL DE TERÁN

Este estudio se publicó por primera vez en *Homenaje a don Amando Melón*, Zaragoza, Instituto Juan Sebastián Elcano-Instituto de Estudios Pirenaicos (CSIC), 1966, págs. 69-76.

«El hombre moral, para cumplir su fin, el hombre que quiere obrar de una manera eficaz, debe tener la conciencia íntima de sus fuerzas, conocer lo que recibe de fuera, lo que le rodea, y las relaciones que le unen con lo que no es él; toda asociación de hombres, todo pueblo, para no fallar en su cometido, debe conocer tanto sus fuerzas interiores como las exteriores, la de sus vecinos, y el lugar que ocupa en medio de las relaciones que actúan sobre él desde fuera.»

CARLOS RITTER

Los problemas propios de la Geografía humana son los que plantea la instalación de los hombres sobre el haz de la tierra; su expansión en grupos crecientes por su número y densidad hacia horizontes de agrandada amplitud y su acomodación a espacios que organizan y componen con arreglo a dispositivos técnicos de progresiva eficacia y a exigencias y pautas culturales de ascendente valor y significación.

Esta hominización del planeta supone el cumplimiento y despliegue de la capacidad potencial contenida en un ser que a su calificación como *Homo sapiens* añade la de ser un comunitario (*Homo socialis*) y a cuya esencia es inherente, como afirmaba Bergson, en su definición del *Homo faber*, el «crear material y moralmente, fabricar cosas y fabricarse a sí mismo». Es un proceso que empieza con la talla de un guijarro —argumento en el que se basó Teilhard de Chardin para atribuir humana condición al *Sinanthropus pekinensis*—, y culmina en el panorama de las



1904 - 1984

realidades ya logradas y de las prometidas para un futuro próximo, por las aplicaciones de la ciencia físico-matemática en sus últimos desarrollos.

Desde un punto de vista geográfico y en una Geografía entendida como estudio de la Tierra, no como mero escenario o condicionante de la actividad humana, sino de esta actividad —la del hombre creador material y moral—, en ella reflejada, es la definición de Bergson la que en primer lugar nos interesa retener.

De las cualidades del *Homo faber*, su capacidad de creación material, la de fabricar cosas es la que con fuerza y eficacia mayores actúa sobre el haz de la tierra, la que tiene que habérselas en una relación más directa con las limitaciones, resistencias o facilidades ofrecidas por la naturaleza a aquellas de sus operaciones que van encaminadas a su subsistencia y duración como individuo y como especie. Geográficamente, el frente de actividad más interesante en el *Homo faber*, a su vez, es el que corresponde a su atributo como *Homo æconomicus*, pues si se borrara de la superficie terrestre, como dicen J. Brunhes y C. Vallaux, «todo lo que directa o indirectamente debe sus orígenes a nuestras necesidades de comer, beber, de abrigarnos, de defender nuestra epidermis contra las variaciones de los hechos atmosféricos, quedarán aún algunos rasgos puramente geográficos de la presencia de los hombres sobre el planeta, pero qué poco numerosos serán»¹.

Pero la actividad del *Homo faber*, el despliegue y proyección de lo que le constituye en hombre, no se agotan en el horizonte económico. El hombre hace cosas, fabrica el mundo material de su contorno que hace posible su vida y al mismo tiempo es creador moral y hacedor de sí mismo, posibilidades todas derivadas de su condición de *Homo sapiens*. El hombre sabe del mundo, de Dios y de sí mismo y sabe por qué interroga e interpreta. Como el animal, reacciona ante los estímulos del mundo en torno. Pero en su reacción y respuesta va implícita una averiguación, que con referencia al primitivo calificamos de instintiva; una reflexión interpretativa, acerca del por qué y para qué de las cosas y de su relación en el

¹ J. Brunhes y C. Vallaux, *La Géographie de l'Histoire*, París, 1921, págs. 74-75.



1904 - 1984

interior de un mundo en el cual, interrogando, interpretando, conociendo y eligiendo entre las posibilidades que le son dadas se hace su vida, y este conjunto de operaciones las acomete el hombre en convivencia con sus semejantes, como miembro de los grupos sociales dentro de los cuales se hace su instalación en el mundo natural.

* * *

Una pura adaptación pasiva del hombre al medio no se produce nunca al mismo nivel de la que se cumple en la planta y el animal. La industria lítica, el fuego, el lenguaje, aun en los grados primarios de su evolución, dotan al hombre del equipo instrumental con el cual entender el mundo y convertir la pura reacción animal al estímulo en una operación inteligente. *Toda adaptación del hombre al medio se hace a partir de un saber de éste.*

De un extremo a otro de la historia del pensamiento, siempre la preocupación por el mismo tema: ¿Qué significa la presencia del hombre sobre la tierra? ¿En qué modo su actividad interviene en sus diferencias fisionómicas? ¿Cuáles han sido las limitaciones y las condiciones naturales que han favorecido o coaccionado su actuación y libertad? ¿Qué es lo que hay de natural necesidad y humana contingencia en la relación del hombre y el mundo con el que se ve obligado a contar? Ciego y elemental determinismo; posibilismo o entendimiento de un medio cuyas latencias naturales el hombre interpreta y utiliza libremente en formas diferenciadas; probabilismo o suposición de un conjunto de posibilidades naturalmente dadas, de las cuales unas son de más probable utilización que otras. Tales son las respuestas emitidas. Pero a la dialéctica elemental que opone el determinismo riguroso, en su forma más simple y primaria, al antideterminismo radical, afirmador de una voluntad no coaccionada, capaz de vencer la resistencia natural y utilizar el medio mediante una opción hecha en plena libertad entre las posibilidades ofrecidas, parece suceder como síntesis superadora una posición de mayor reserva, más crítica y matizada. Lo que sucedió con la teoría del



determinismo, en cuya evolución los discípulos exageraron los puntos de vista de sus iniciadores y maestros, se ha vuelto a repetir en el proceso del posibilismo o mejor del antideterminismo. Tal es la opinión emitida por E. Rostlund, para quien el «environmentalism was not disproved, only disapproved», al mismo tiempo que sugiere que las dificultades dimanen de la carencia de un saber y una técnica geográfica adecuadas para tratar estas cuestiones.²

Pero lo que ha sido no sólo *disapproved* sino *disproved*, es el viejo determinismo dogmático, sus audaces y simplistas generalizaciones y su pretensión de explicaciones totales y definitivas del acontecer y el quehacer humanos en términos de pura causalidad natural.

Todo esto es ya un capítulo cerrado en la historia del pensamiento geográfico. Lo que queda es, renunciando a ambiciosas formulaciones de universal validez, la explicación de lo que en cada situación histórico-cultural existe de colaboración entre el hombre y la realidad natural en la que se halla instalado, de las distintas formas, que en el tiempo y en el espacio, ha tenido el hombre de interrogar, interpretar y operar sobre el fondo físico, utilizando sus posibilidades.

* * *

Determinismo y posibilismo, dice P. Gourou, no pueden dar por sí solos una explicación total de estos hechos. La relación entre el hombre y la naturaleza física supone un factor intermedio: la civilización. «Las posibilidades están en el hombre más que en la naturaleza, son dadas al hombre por la civilización». Con arreglo a los principios y técnicas que la civilización coloca en sus manos, el hombre hace su opción entre las posibilidades latentes en el medio, lo cual no supone que la elección se haga de una manera consciente y deliberada. «Ni determinación física, ni predestinación finalista, ni pura decisión consciente». Una «elección no determinada», hecha frente a la necesidad de utilizar el medio de acuerdo con las

² E. Rostlund, *Twentieth-Century Magic*, publicado en 1956 en *Landscape* y reproducido en *Readings in Cultural Geography*, Chicago, 1962, pág. 49.



posibilidades ofrecidas por la civilización del grupo actuante y entendida la civilización como conjunto de técnicas de exploración de la naturaleza y de organización del espacio.³

Que la adaptación del hombre al medio y las dimensiones y características de su proyección sobre él se hallan en directa relación con el género y potencial del arsenal técnico utilizado, es un hecho cuya comprobación puede hacerse desde las sociedades primitivas hasta la moderna civilización industrial. Esto no excluye la posibilidad de que las técnicas fueran a su vez originariamente creadas por el hombre en función de las facilidades y dificultades ofrecidas por la naturaleza, previa una interrogación y una experiencia acumuladas y conservadas después por inercia o desplazadas a otro medio distinto del originario. En los orígenes la adaptación se hizo en armonía y acuerdo con las condiciones físicas naturales, pero siempre a partir de una interrogación y un saber.

«Nadie se atrevería hoy – dice S. Lévi-Strauss, refiriéndose a las innovaciones del neolítico – a explicar estas inmensas conquistas mediante la acumulación fortuita de una serie de hallazgos realizados al azar o revelados por el espectáculo pasivamente registrado de algunos fenómenos naturales. Cada una de estas técnicas supone siglos de observación activa o metódica, de hipótesis atrevidas y controladas para rechazarlas o comprobarlas por intermedio de experiencias incansablemente repetidas». «El hombre del neolítico o de la prehistoria es el heredero de una larga tradición científica». Esta ciencia, este saber directo e intuitivo que L. Strauss reconoce como una característica del pensamiento salvaje es un saber que en correspondencia con «exigencias intelectuales antes o en vez de satisfacer necesidades», responde a las preguntas ¿por qué? y después ¿para qué?, y más adelante el mismo autor afirma que las condiciones naturales «no tienen existencia propia, pues son función de las técnicas y el género de vida que las define y les da un sentido aprovechándolas en una dirección determinada», pues

³ P. Gourou, *The Quality of Land Use of Tropical Cultivators*, en *Man's Role in Changing the Face of the Earth*, Chicago, 1936, pág. 346.



las propiedades del medio adquieren significaciones diferentes según la forma histórica y técnica que cobra tal o cual género de actividad.⁴

Una civilización se define como un repertorio de ideas y creencias, instituciones, usos, normas de conducta social, técnicas de trabajo material. Todo un complejo de creaciones espirituales y materiales, que tiene su reflejo en la manera como los grupos sociales hacen su instalación en un medio, lo interrogan e indagan sus posibilidades y lo organizan en consecuencia.

La Geografía, al proceder a su estudio, se comporta como una ciencia de realidades concretas y visibles, pero para superar el nivel de una mera descripción de formas y aspectos fisionómicos, ha de hacer entrar en juego factores de índole muy diversa, que aunque no adquieran directa expresión material en el paisaje, por mediación de sutiles y embrollados hilos que al geógrafo incumbe descubrir y devanar, constituyen sus más lejanos, pero a veces más eficaces motivos inspiradores. Es la necesidad de una explicación suficiente por su riqueza, complejidad y hondura la que lleva al geógrafo a practicar incursiones en el ámbito de otras ciencias humanas.

Esta indagación justifica también la ampliación del estudio de las técnicas y los géneros de vida al de todo el conjunto de una cultura comenzando por su intuición o teoría cosmológica, por la concepción, que de un modo intuitivo, expresada en forma de mitos o creencias religiosas, o en la de una reflexión filosófica sistemática, se hace el hombre del mundo y de la vida.

* * *

La primera actitud del hombre frente al mundo se resuelve como la del niño en los sentimientos de asombro y temor. A estas dos actitudes viene a añadirse luego, en el trato y frecuentación de los hechos y fenómenos de su contorno, una postura de

⁴ C. Lévi-Strauss, *La pensée sauvage*, 1964, traducción española en Fondo de Cultura Económica, México, 1964, págs. 24-25 y 142.



1904 - 1984

confianza y entrega. La naturaleza es a la vez temida y amada. La naturaleza interrogada, conocida por el hombre en virtud del trato directo con ella, de su inmediata experiencia personal y percepción, es por él interpretada en un conjunto de significaciones simbólicas e intuita como un mundo al que se siente entrañablemente adherido por relaciones de mágica dependencia. Es la suya una actitud defensiva que le lleva a adquirir seguridad mediante el descubrimiento de una causalidad ordenadora, patente en el ritmo diurno y estacional de los fenómenos naturales, la sucesión del día y de la noche, las fases de la luna, la cíclica sucesión de los hechos vitales, un concepto de espacio, tiempo, número y medida directamente derivados de su experiencia sensible. El mundo es concebido como un organismo animado y viviente, del cual el hombre se siente parte. Una concepción del mundo en la que no cabe imaginar la idea de una explotación consciente de los *recursos de la naturaleza*.

En la historia de la antigüedad el racionalismo griego no significó una sustancial modificación, por lo menos, en cuanto a los derechos y poderes que el hombre en virtud de ella asumiera en su proyección y operación sobre la naturaleza. «La ciencia natural de los griegos, dice Collingwood⁵ se basa en el principio de que el mundo natural se halla saturado e impregnado por la mente». La naturaleza «no sólo vive sino que es inteligente». Es «un enorme animal racional», con lo cual pierde su mágico misterio, se racionaliza, pero no se desanima, ni despersonaliza. En este supuesto de una naturaleza dotada de alma racional descansa la confianza de la cultura griega en la posibilidad de un conocimiento, también racional, de la naturaleza, con todo lo cual el pensamiento griego introdujo también la idea de una ordenación jerárquica de la naturaleza que subordina al hombre el mundo de los seres naturales.

Todos éstos son supuestos cuyo desarrollo en el seno de la cultura occidental harán posible la actitud del hombre moderno frente a la naturaleza. Pero la concepción

⁵ R. G. Collingwood, *The Idea of Nature*, traducción española en Fondo de Cultura Económica, México/Buenos Aires, 1950, pág. 14.



1904 - 1984

anímica del mundo perduró en la cultura griega. El extrañamiento del hombre con respecto a la naturaleza no traspasó la medida necesaria para situarse frente a ella a la distancia suficiente desde la cual pudo hacerla objeto de contemplación. Este es el sentido de la polis griega: un trozo de espacio acotado en la totalidad natural, convertido por el hombre en su próximo contorno, objeto inmediato de su operación, a la vez que observatorio desde el cual se contempla el mundo.

Una idea de dominación de la naturaleza sólo aparece en el período helenístico-romano y con ella una intención y un programa de organización planeada con arreglo a fines. Pero el equilibrio entre el mundo de la naturaleza y de la cultura se conserva y de otra parte ni la presión demográfica ni las disponibilidades técnicas hubieran sido capaces de superar los límites impuestos a la acción del hombre, que hubo de cumplirse de acuerdo con las exigencias de un mundo cuyo conocimiento apenas rebasaba aún la fase de la observación empírica.

Este mismo sentimiento es el que anima la relación del mundo y el hombre en la sociedad medieval. Es cierto que el cristianismo, al introducir la noción de un Dios creador y conservador del mundo, produjo, como dice Max Scheler, «una enorme desvitalización y desanimación de la naturaleza entera que estigmatizó como pagana, en favor de una poderosa exaltación del hombre como ser espiritual». Pero de otra parte la naturaleza como criatura divina, aunque sujeta y ofrecida al hombre, es también digna de amor y este estado de ánimo, que actúa en la Edad Media en la corriente espiritual del franciscanismo, restablece en nueva forma la que Scheler define como *unificación afectivo-cósmica*, arraigada en el mito y la religión de la antigüedad clásica, a la vez que neutralizó los posibles efectos de la idea *judaico-cristiana* de la dominación del mundo natural por el hombre.⁶

Descartado lo que pueda haber de nostálgica evocación de un pasado cuyos valores se idealizan, es muy significativa, a este respecto, la reivindicación que de

⁶ M. Scheler, *Esencia y formas de la simpatía*, traducción española en Buenos Aires, 1957, «Capítulo V», págs. 106-127.



la ciudad medieval han hecho algunas de las figuras más representativas de los nuevos ideales urbanos, que aspiran a curar los males que aquejan a la ciudad de nuestros días y a satisfacer la necesidad imperiosa de hallar una nueva fórmula que corrija los daños derivados de un siglo de expansión urbana creadora de gigantescos artefactos de hierro y cemento, desprovistos de una intención y un pensamiento ordenadores.

Respondiendo a las críticas formuladas en nuestros días a la ciudad medieval, relativas a su falta de condiciones sanitarias, al trazado confuso de sus calles, a su crecimiento azaroso y ausencia de una ordenada composición, E. Saarinen nos hace leer en su plano la expresión de un organismo funcional, un trazado lógicamente concebido, elocuentemente expresivo de las condiciones de la vida que en ella tenían su escenario, en el que cada calle, rincón o plaza cumplía la función para la cual su forma resultaba adecuada; un mundo de formas orgánicas y orgánicamente trabadas con el paisaje natural que viene a batir a sus puertas y murallas o penetra en su interior en forma de espacios cultivados y huertas. La vida en ella se hace en contacto inmediato de los hombres con los hombres y de éstos con el contorno natural. Cada barrio es un conjunto viviente dotado de propia función y forma de las que cada uno de sus componentes se siente solidario y responsable.⁷

Ni el nuevo modo de concebir y aprehender la realidad postulada por el pensamiento griego, ni la idea judaica de la naturaleza como esclava del hombre, ni la exaltación de la criatura humana sobre el mundo natural determinaron en su secuencia histórica inmediata un cambio fundamental de la actitud del hombre frente al mundo que le permitiera abordar su transfiguración, aunque quedaran sentados los principios a los que el futuro daría realidad y actualización.

La desanimación de la naturaleza y la negación de su carácter organológico se consumó en la filosofía y la ciencia del Renacimiento. La naturaleza deja de ser

⁷ E. Saarinen, *La ciudad*, traducción española en Buenos Aires, 1948.



1904 - 1984

asimilada analógicamente a un organismo y la analogía fue sustituida por la de un mecanismo. La naturaleza no es un organismo viviente, es una máquina, y con la negación de la imagen organológica del mundo vino, por obra de Copérnico y G. Bruno, la idea de la unidad en la composición de la materia y el universo entero hasta las más distantes estrellas, dimitida la Tierra de su preeminencia como órgano central diferenciado dentro del sistema planetario.

La naturaleza, el mecanismo que el hombre se dispone ahora a dominar, amplía prodigiosamente sus límites y perspectivas. El océano deja de ser el temido «mare tenebrosus» para convertirse en camino por donde llegar a la invención de mundos nuevos y la tercera dimensión que entre los griegos no pasó de ser un postulado geométrico, se convierte en motivo inspirador de una nueva cultura, patente lo mismo en la aventura geográfica de la exploración y descubrimiento, como en la nueva manera de concebir las artes plásticas o el espacio en la ciudad del barroco.

A lo largo del siglo XVII la idea de la desanimación del mundo se ha cumplido en forma definitiva y con ella la de la segregación del hombre con respecto a la naturaleza.

El calvinismo corrobora y afirma esta actitud dando nueva actualidad a la idea judaico-cristiana de una naturaleza destinada a ser dominada, a su vez, fundada en la de un Dios creador y providente y en la resistencia del mundo a la acción creadora del hombre. «Las ideas derivadas del Viejo Testamento han sido importantes factores en la formulación de la nueva manera de conceder la relación del hombre con la tierra, dice Clarecen J. Glacken, profesor de Geografía de la Universidad de Berkeley. «El hombre, por mandato divino, asume un vigoroso control sobre la naturaleza (Génesis 1: 21-22, 27-28; 8: 17, 21-22; 9: 1-3). La fusión de estas tesis del Viejo Testamento con la idea estoica de un designio natural



1904 - 1984

proporcionó un poderoso estímulo al estudio durante el siglo XVII, de una naturaleza viviente en orden a encontrar las pruebas de la sabiduría divina.»⁸

La idea de la naturaleza como ofrecida por Dios al control del hombre se convierte en uno de los motivos determinantes de la ética protestante. El calvinismo empieza por afirmar una actitud ascética de desasimio del mundo. Después, siguiendo la conocida tesis de Max Weber, el mundo, por lo que tiene de demoníaco, es para el hombre materia prima, objeto de dominio y del trabajo humano para realizar el designio y la gloria de Dios y en cuyo ejercicio el hombre adquiere la conciencia de su predestinación al estado de gracia. Las ideas de dominio de la naturaleza mediante el trabajo; de su metodización y racionalización; del éxito en el mismo y del beneficio o ahorro empleado en nuevas empresas, he aquí un conjunto de motivos en los cuales M. Weber encontró los orígenes del capitalismo y de la industria moderna.

Sin embargo, la idea de equilibrio entre el hombre y la naturaleza persiste y se afirma en el siglo XVII. La naturaleza es un mecanismo en cuya armonía se refleja la sabiduría divina. Pero como tal mecanismo, sujeto a leyes y relaciones accesibles a la razón humana, con arreglo a los métodos y principios de la ciencia moderna, y a partir de este saber los hombres intentarán desde ahora su acomodación al medio y la utilización de sus posibilidades.

* * *

La idea del hombre como agente que modifica la naturaleza se abrió camino. Buffon, en 1799, en la obra final de su vida (*Epoques de la nature*), como recuerda C. J. Glacken, al dividir la Historia de la Tierra en siete períodos, caracteriza el último por la colaboración prestada por el hombre a la obra de la naturaleza, y años más tarde, Charles Lyell, en sus *Principles of Geology* (1830-33) llegará a hablar del hombre como un *agente geológico*.

⁸ C. J. Glacken, *Changing Ideas of the Habitable World*, en *Man's Role in Changing the Face of the Earth*, Chicago-Illinois, 1965, pág. 74.



1904 - 1984

La revolución industrial se hallaba por entonces en sus comienzos. La filosofía y la ciencia, a partir del Renacimiento, dotaron al hombre de una nueva concepción del mundo y un nuevo saber, de una confianza en sus posibilidades para actuar sobre la naturaleza de acuerdo con sus leyes y del instrumental técnico, que significó la aplicación de la sabiduría acumulada en siglos de reflexión y especulación teórica a la fabricación de artificios de producción.

La revolución industrial, que fue a la vez revolución de los medios de comunicación y transporte, el nuevo sistema económico de libre empresa sujeto a las leyes de la oferta y la demanda y la expansión del capitalismo financiero determinaron profundas transformaciones en el paisaje de la Europa occidental: explotaciones mineras a gran escala, éxodo rural y concentración en los grandes centros fabriles, a la vez que alcanzaron como empresa de dominación de la naturaleza, en la forma del colonialismo, a los países extra-europeos, en donde vinieron a perturbar el ancestral equilibrio cósmico-afectivo.

En un primer período, hasta 1914, el hombre aparece dominado por los propósitos de conquista y dominación de la naturaleza. Para el europeo en un mundo ya explorado, afirmaba Hegel, «lo que no está dominado por ellos es que no merece la pena o no está destinado a ser dominado», y Marx, después de asignar a los filósofos la tarea de haber interpretado el mundo, afirmaba: lo que «ahora se trata es de transformarlo». Conquista, dominación, transformación, explotación de recursos naturales —expresión ésta que C. Sauer considera como un producto de la civilización industrial—, tales son los términos en que se plantea la relación del hombre con la naturaleza.

En la Geografía este estado de conciencia tiene su reflejo, por un lado, en un nuevo determinismo, que bajo la influencia de las teorías de Darwin considera a los pueblos y culturas sujetos a las leyes de la lucha por la vida, en un proceso competitivo en el que triunfan las sociedades mejor dotadas para ella, y, por otro,



en un riguroso antideterminismo que sobreestimó la capacidad del hombre para vencer las limitaciones y resistencias opuestas por el mundo físico.

Los resultados de la nueva actitud del hombre fueron una prodigiosa movilización de las energías naturales que hicieron posible la explosión demográfica aclarando el horizonte ensombrecido por las predicciones de Malthus; la transformación a gran escala del espacio y una aculturación del paisaje natural mayor en intensidad y extensión que la lograda en milenios de historia. Pero en el debe de esta gigantesca empresa figuran hechos negativos como el agotamiento de los yacimientos minerales, la destrucción del bosque, el exterminio de especies animales, la ruptura sin compensación de bióticos equilibrios, la esterilización del suelo vegetal, la deteriorización, en suma, de amplios sectores de la naturaleza y la ruptura de su equilibrio con el hombre.

* * *

En 1864 George Perkins Marsh, en su obra *Man and Nature or Physical Geography as Modified by Human Action* dio la voz de alarma considerando al hombre como un agente destructivo, y en 1904, Ernest Friedrich⁹ formulaba una teoría que, con el expresivo nombre de *Raubwirtschafts*, sería recogida después por I. Brunhes en su discutida clasificación tripartida de los hechos fundamentales de la Geografía humana, entre los cuales hace figurar los de *ocupación destructiva del suelo*, que C. Vallaux estudia bajo el epígrafe de *economía destructiva*.

De otra parte, la denuncia y diagnóstico de la perturbación y patológicas consecuencias de todo orden, introducidas por la nueva civilización, cuenta con una abundante literatura a la que han prestado su contribución algunos de los espíritus de más fina sensibilidad del siglo pasado y del presente. En su postura hay motivos de raigambre e inspiración romántica, esteticista y antimoderna; de idealización nostálgica de un pasado, a veces iluminado con la aureola de una

⁹ E. Friedrich, *Wesen und Geographische Verbreitung der «Raubwirtschaft»*, Petermanns Mitteilungen, L., 1964, págs. 68, 79, 92, 93.



1904 - 1984

Edad de Oro, y de los valores morales y espirituales de la vida campesina. Surge como reacción contra la civilización de la máquina que amenaza con someter al hombre a su esclavitud y de la gran ciudad industrial, atentatoria por igual contra la belleza y dignidad del paisaje natural y los valores individuales y sociales del hombre.

La primera etapa de la revolución industrial, la que P. Geddes califica de pateotécnica, justifica muy cumplidamente las lamentaciones y acerbas críticas a las que dio lugar y especialmente en Inglaterra, en donde la revolución tuvo su origen. De aquí también que fuera en Inglaterra y comenzando por la ciudad, en donde se inició la primera reacción constructiva encaminada a un planeamiento, que acabó por extenderse al marco entero de la región y que fuera en Inglaterra donde naciera lo que se ha podido llamar una Geografía voluntaria. Como hace ver P. Claval: «Para los reformadores europeos, lo que cuenta es esencialmente una reforma de la sociedad y de las relaciones entre las diversas clases sociales. Para los británicos la revolución ha tomado una dimensión nueva, no es solamente social sino geográfica, implica remodelar las ciudades y el medio en el cual se vive»¹⁰.

Esta nueva conciencia de una situación patológica, de desorden y crecimiento inorgánico, tardó sin embargo, en abrirse paso y penetrar en la mentalidad de las clases gobernantes, para culminar, a partir de la segunda guerra mundial, en la política de las *New-Towns*. Pero hoy los propósitos y programas de ordenación urbana han ganado una extensión que alcanza a casi todos los países densamente poblados y urbanizados o en proceso de urbanización.

La planeación iniciada en el ámbito de la ciudad ha obedecido, en forma racional y técnica, a satisfacer las exigencias de un mundo mejor y más habitable, a las de corregir la figura de la ciudad y la vivienda urbana como una fábrica de habitar, al propósito de construir una sociedad mejor integrada en grupos vecinales y al de hacer más bello y atractivo el horizonte de la vida cotidiana de sus moradores.

¹⁰ P. Claval, *Essai sur l'évolution de la Géographie humaine*, París, 1964, pág. 108.



1904 - 1984

La planeación extendida de los contornos urbanos al dominio regional, nacional e incluso internacional, es una empresa acometida sobre la base de un conocimiento científico cada vez más profundo y seguro del medio natural, de sus íntimas relaciones y leyes estructurales; de una técnica de eficacia, noción esta que con las de crecimiento y desarrollo parecen haber sustituido a la de progreso, en cuya definición entraban otros componentes que no eran los de puro carácter económico. Planificación estatal, imperativa o indicativa, dirigismo, capitalismo organizado, todas estas designaciones de la nueva forma de entender y conducir la economía de un país responden a unos mismos motivos.

La confianza del hombre en su capacidad para rehacer la imagen de la tierra ha superado el optimismo progresista decimonónico. A este propósito, tal vez nada más expresivo que el «Gran Plan de Transformación de la Naturaleza», anunciado por el Gobierno de la URSS en 1948. Pero esta confianza ha sido acompañada por una creciente preocupación ante la posibilidad de un agotamiento de los recursos naturales, por la indagación y exploración de nuevas fuentes de energía, por una mejor utilización de esos recursos que ha conducido a una política de prudente administración, de conservación, protección y restauración de la naturaleza, en cuya inspiración dominan los motivos de índole económica. El programa es de repoblación forestal; de recomposición de los suelos deteriorados y lucha contra la erosión; de protección de la fauna continental y marítima; de inventario y utilización racionada de los recursos minerales. Conservación y protección de la Naturaleza, no con la afectiva significación que infundieron en sus palabras los poetas que dieron la voz de alarma al iniciarse la civilización de la técnica, sino dirigida a la mejor y más eficaz utilización de sus recursos.

La voz de los poetas no dejó de sonar, pero si hubo un tiempo, como fue el caso de la Inglaterra victoriana, en que llegó a ser escuchada por los reformadores de la ciudad, las más de las veces fue la bella y estéril elegía dedicada a un pasado destinado ineludiblemente a no volver.



* * *

Pero he aquí que una nueva fase de nuestra civilización se ha iniciado ya en los países en los que tuvo sus orígenes. Es la que W. W. Rostow designó con el nombre del consumo de masas. El hombre, de esclavo de la máquina, se convertirá en su porción directiva y *pensante*, como preveía O. Kammerer en 1909.

Una civilización en la que el sector terciario, según los cálculos de J. Fourastié, puede llegar a ocupar un máximo de un 85 por 100 de la población activa en tanto que la industria absorberá el 10 y la agricultura un 5. Una civilización del ocio, como ha dicho J. Dumazedier.

En esta civilización, cuya total realización puede parecer años una utopía, pero que parcialmente se ha iniciado ya en algunas sociedades de nuestro tiempo, las disponibilidades de ocio y el aumento de la capacidad de consumo por encima de la satisfacción de las necesidades primarias, restituirán al hombre la posibilidad de una frecuentación y trato con la naturaleza, como fuente de salud física y equilibrio psíquico, de satisfacción de íntimas y no extinguidas exigencias de contemplación y de belleza. El movimiento en favor de la protección de la integridad de determinados paisajes, como reservas intocadas de belleza natural, manifiesto en las asociaciones privadas y públicas constituidas con este objetivo y la reglamentación por los poderes públicos de su defensa, hasta ahora entre nosotros más extendida a la conservación del monumento histórico que a la del natural, ha encontrado en esa sociedad aún en esbozo un nuevo clima, una nueva actitud que ha de contribuir, por distinto camino y motivaciones que las que hasta ahora hemos registrado, a una filosofía, una ética y una política de conservación y protección de la naturaleza.

En 1872 el Gobierno federal dictó una ley por la que se creaba el primer parque nacional de los Estados Unidos, el de Yellowstone. Fue el comienzo de una política seguida desde entonces en América y extendida a los demás continentes. En 1875 se constituyó en Alemania la «Deutscher Verein zum Schutz der Vogelwelt». Otra



1904 - 1984

sociedad semejante se fundó en Inglaterra en 1889, seguida en 1903 por la «Society for the Preservation of the Wild Fauna of the Empire», y en 1912 por la «Society for the Promotion of Nature Reserves». En Francia data de 1901 la «Société pour la Protection des Paysages»; en Suiza, en 1904, se constituye la «Schweizerische Bund für Naturschutz», y en España, en 1918, se inicia una política de parques nacionales, con la creación de los de Covadonga y Ordesa.

Del campo de las iniciativas nacionales, privadas o gubernamentales se pasó luego al de las internacionales, en cuya promoción tiene un puesto de honor el suizo Paul Sarasin. Conferencias y congresos condujeron a la creación en 1948 de la Unión Internacional para la Conservación de la Naturaleza y sus Recursos», en la cual vino a integrarse el «Office International pour la Protection de la Nature», creado en 1928 en Amsterdam.

Como protección o conservación de la naturaleza, se dice en la Constitución de la U. I. C. N., se entiende «el conjunto del mundo viviente, medio natural del hombre», cuyo contenido son los «recursos renovables de la tierra, factor principal de una civilización», a la vez que las bellezas naturales que son «una de las mejores fuentes inspiradoras de la vida espiritual contemporánea». La importancia de la protección del suelo, de las aguas, de la cobertura vegetal, de la fauna y de los elementos naturales aún intactos se afirma en motivos a la vez económicos, sociales, educativos y culturales y exige por parte del hombre la conciencia de no consumir estos recursos sino con la prudencia necesaria para no comprometer «la prosperidad del mundo y su futura paz»¹¹.

* * *

Esta idea de la necesidad de una creciente conciencia de nuestros deberes ante la naturaleza, de una ética de su conservación y protección aparece reiterada en los capítulos iniciales y terminales del libro *Man's Role in Changing the Face of the Earth*,

¹¹ Para más detalles y documentación recomendamos la lectura del libro editado por la UICN *Dernières refuges. Atlas des réserves naturelles dans le monde*, Elsevier, Bruselas, 1956.



1904 - 1984

en el que se recogen las comunicaciones y opiniones expuestas en el curso de un *Symposium* celebrado en la Universidad de Princeton en 1956, por un ilustre y numeroso grupo de hombres procedentes de muy distintos campos del saber. En el capítulo que lleva el título «Our World from the Air: Conflict and Adaptation», su autor, E. A. Gutkind, cuya tesis aparece ilustrada con una expresiva selección de fotografías aéreas, ordena las etapas de la reacción humana frente al mundo en una escala que va «desde el miedo y la defensa a la confianza y a la agresividad y finalmente a una creciente comprensión y responsabilidad, siempre guiado por las dos fuerzas complementarias del instinto y la razón y como resultado de un control inconsciente o consciente de los esfuerzos del hombre hacia la sistematización»¹².

Por nuestra parte, en la exposición hecha, y desde un punto de vista geográfico, hemos tratado de analizar los motivos que han guiado al hombre en su instalación, acomodación y operación sobre el mundo físico y entre estos motivos hemos tratado de introducir una lógica y una ética, una concepción intuitiva o racional del mundo ante el cual el hombre se sitúa.

La evolución que hemos seguido es la del hombre de la civilización occidental, que ha culminado en una selección, no indeterminada sino libre y consciente, de las posibilidades ofrecidas por el medio, en una adaptación de la naturaleza al hombre. Pero el techo de esta civilización apenas cobija un tercio de la humanidad.

El panorama que la humana cultura nos ofrece en el momento actual es la de un macizo montañoso de policíclico relieve, en el que las altas superficies no han sido alcanzadas por la erosión remontante del ciclo actual. Nuestro planeta es un muestrario de los más diversos estilos culturales. Pero una de las características más vigorosas y originales de la civilización de la ciencia y la técnica, es su posibilidad de universalización, basada en sus postulados objetivos, racionales, de general validez.

¹² *Ibíd.*, pág. 11.



1904 - 1984

Por otra parte a su energía y eficacia como instrumentos de transformación del mundo natural, la técnica y la ciencia modernas añaden su poderosa capacidad de unificación mental y material, de eliminación de las diferencias en la forma de interrogar, saber y operar sobre él.

Dados estos supuestos inevitablemente surge la pregunta: ¿el mundo entero está destinado a pasar por las mismas fases de la Europa occidental y a alcanzar las mismas metas?, o ¿la recepción de la técnica en los países subdesarrollados se hará sobre supuestos y en condiciones que por ser diferentes de los de aquella darán lugar a nuevos estilos de vida, cultura y organización del espacio? En nuestra respuesta, que como todo intento de averiguación del futuro ha de sufrir la inspiración de motivos de orden subjetivo, nos decidimos por expresar una preferencia en vez de aventurar una predicción: la de que la asimilación de la civilización de la técnica por las sociedades que aún no lo han hecho, se haga de acuerdo y con inserción en el viejo tronco de su historia, cultura y estilo de humanidad; que la imagen de nuestro planeta no sea la de una inmensa conurbación indiferenciada y que se salven del arrasamiento uniformador la variedad de modos de ser hombre y organizar el espacio.